

## Perspectivas sobre el libro *Haciendo amigos a las Piñas: violencia y redes sociales de una hinchada del fútbol* de Jose Garriga Zucal.

Fernando Segura Milla Trejo<sup>1</sup>

El libro de Jose Garriga Zucal<sup>2</sup> *Haciendo amigos a las piñas* constituye una etnografía sobre la violencia en el fútbol argentino a partir de la convivencia con el seno de una hinchada, el núcleo denominado “barra brava” del Club Atlético Huracán. Se trata de un trabajo profundo, aunque no la primera aproximación de José Garriga con un grupo hegemónico de una tribuna. Anteriormente, Garriga había observado el comportamiento de la hinchada de Colegiales, un club de tercera división de los suburbios del norte de Buenos Aires, parte de la base empírica que Pablo Alabarces recuperó en sus *Crónicas del Aguante*.

Para este trabajo sobre Huracán José Garriga transcurrió varios meses en interacción directa con el objetivo de comprender cómo los miembros de una hinchada perciben el honor y las acciones violentas. Qué lugar ocupan en la conformación grupal y qué relaciones son reconocidas en su entorno social. Debó así interactuar, como él mismo lo relata, con los líderes del grupo, con dirigentes del club, políticos, vecinos, jugadores, comerciantes, periodistas y otro tipo de simpatizantes.

Impregnado en sus actividades, el autor da cuenta de la estrecha relación entre la constitución de las identidades y la acumulación del capital violento. La violencia, contrariamente a lo que podría pensarse, responde a una serie de configuraciones de prestigio y de capitales. Un vínculo simbiótico con el club y con el barrio concebidos ambos como territorios propios. La pertenencia al grupo duro implica una serie de sentidos en la exhibición del capital violento, el

---

<sup>1</sup> Candidato a doctor a sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París (EHESS-Paris).

<sup>2</sup> Doctor en antropología social (UBA). Investigador del CONICET.

denominado “aguante”, tanto en la construcción discursiva como en las acciones. Desde el contenido de las elaboradas canciones de la hinchada, los relatos personales que Garriga recogió, hasta el valor positivo otorgado a toda exposición corporal que conlleve una batalla con enemigos de otras hinchadas o con la policía. Dentro de las razones que los miembros evocan, la lealtad a la hinchada y al club ocupan así un primer plano.

Pertenecer a una hinchada, ser un miembro reconocido de la misma retribuye privilegios que se extienden más allá del lugar y el prestigio en la tribuna durante los partidos. Los contactos con dirigentes, con punteros políticos y las puertas que se pueden abrir nutren las carreras de los miembros más asiduos de la hinchada. La presencia, las hazañas, las pruebas de valentía y de “aguante” suman méritos en la jerarquía de la tribuna. Aquellos que defienden las banderas (los “trapos”) a los golpes (las “piñas”), los que se enfrentan incluso en condición de inferioridad numérica al enemigo, aquellos que pese a condiciones adversas honran el “aguante” ganan respeto. De la misma manera, los favores prestados por una hinchada a quienes solicitan sus servicios tienen contrapartes en puestos, accesos públicos, arreglos institucionales e impunidad. El poder de la hinchada y de los miembros más conocidos aumenta, pero también es codiciado por quienes aspiran a las posiciones más altas. La muestra del “aguante” puede ser exigida incluso entre los propios compañeros de la hinchada.

Los aportes del libro de Garriga son múltiples, una mirada desde el seno del grupo, de sus vivencias y de sus sentidos refleja el complejo entramado de relaciones sociales que sostienen su accionar y su “prestigio”. Su lectura ofrece un diagnóstico empírico de los circuitos que los miembros de la hinchada recorren así como las lógicas de acción. Sin embargo, quizás uno de los principales aportes sea la confirmación que las hinchadas no actúan solas. Cuando los hechos de violencia se manifiestan es fácil atribuir tanto los daños físicos y morales como las consecuencias a la “barra brava”, mientras que la legitimidad y la complicidad tienen un sustento en la connivencia o la omisión deliberada de otros grupos o individuos que avalan ese accionar. Algunos lo pueden negar públicamente pero la evidencia presentada en el libro de Garriga demuestra que los vínculos

tejidos están lejos de posiciones de aislamiento. Otros, incluso alientan las manifestaciones violentas con su adhesión a las canciones entonadas en los estadios, donde se resalta el valor y la apología de la violencia.

El estudio de José Garriga deja varios elementos que pueden recuperarse para las políticas públicas. Una fina comprensión de las redes que extiende una hinchada, su funcionamiento interno y la identidad reivindicada. Frente a discursos creados a partir de juicios de valor y de posiciones morales, los cuales revelan un desconocimiento de la naturaleza de la violencia o que responden a la presión ejercida por los medios de comunicación tras un hecho fatal, el libro de Garriga se distingue por el conocimiento empírico y la interpretación reflexiva.

Al comprender las lógicas en una hinchada (un universo común a las hinchadas más allá de los colores que defienden) se vuelve más fácil anticipar que los hechos fatales y dramáticos son tarde o temprano inminentes o “normales” dada la cultura violenta. Pensar en políticas públicas eficaces y asertivas requiere entonces varios desafíos. El principal radica en una transformación cultural. Ir más allá de la estigmatización, algo que Garriga deja entrever en sus conclusiones a fin de entender que el problema de la violencia no es exclusivo a las hinchadas y las “barras bravas” sino que envuelve a otras esferas de la sociedad. Reducir la violencia y contenerla requiere por lo tanto de transparencia y honestidad. Detrás de cada acto fatal en el fútbol muchos discursos cínicos pretenden desmarcarse y no tener nada que ver con los “barras”. No obstante, aquellos que son denominados “barras” son con frecuencia conocidos o clientes de quienes públicamente los culpabilizan de toda la violencia en el fútbol.

A partir de los aportes de Garriga, nos atrevemos a expresar que el cambio cultural no se produce de un campeonato al otro. Implica un proceso generacional que permita transitar de un clima de violencia a un uno festivo. Una cultura donde la violencia no sea funcional ni valorada simbólicamente. Se trata entonces no solamente de una transformación cultural de las tribunas (y plateas) sino de una transformación conceptual de quienes trabajan en la organización del

espectáculo deportivo. El fútbol no debe ser una guerra, ni un espacio de clientelismos cínicos, sino una fiesta y sobre todo un bien común.

Un diálogo distendido con el autor se presenta en este sentido a continuación con el objetivo de comentar algunos de los aspectos y las implicaciones de su libro. La entrevista realizada a través de un intercambio electrónico entre Buenos Aires y París busca salir del academisismo sin dejar de ser charla conceptual.

**- José, tu libro sobre la Hinchada del club de Huracán, constituye una sólida etnografía realizada con el núcleo duro de una hinchada, lo que algunos podrían denominar la barra brava. La primera pregunta que me surge es saber por qué decidiste encarar ese estudio y cómo hiciste para adentrarte en un grupo que *a priori* se podría considerar como altamente violento.**

- Decidí trabajar con una hinchada de fútbol, comúnmente llamadas "barras bravas", para conocer desde la óptica de sus practicantes los sentidos que les daban a sus acciones. Me parecía necesario conocer los significados de prácticas que eran interpretadas por fuera de ese grupo como ejemplo de locura o del sinsentido. Entender la violencia desde la óptica de los violentos permite pensar los conflictos de la definición de violencia y, también, posibilita pensar políticas públicas más efectivas para prevenir la violencia. Ya había hecho un trabajo de observación participante con miembros de la hinchada de Colegiales (un club pequeño de las categorías del ascenso) para mi tesis de licenciatura y cuando empecé los estudios de posgrado pensaba buscar un grupo más numeroso. Llegué a Huracán de pura suerte, había propuesto en un proyecto de beca trabajar con los simpatizantes de Chacarita pero estos fueron responsables de ciertos episodios violentos que terminaron en una persecución policial que hacía imposible mi ingreso al grupo. Ante ese escenario, mi director (Pablo Alabarces) me dijo que conocía dos personas de Huracán (un ex presidente y un simpatizante) y que podía intentar hacer el contacto. Para ese entonces yo no conocía a nadie de

Huracán, ni sabía muy bien donde quedaba su estadio, pero decidí embarcarme en ese viaje. Lentamente fui estableciendo contactos que me permitieron llegar a la "barra brava".

**- Al comenzar tu vínculo con la hinchada. ¿Cómo y qué les explicabas a los lideres (y no sólo a ellos) lo que venías a hacer?**

- Por una cuestión ética siempre que hablaba con alguien les explicaba lo que estaba haciendo. Esa explicación, como toda presentación inicial, tenía una estrategia para enganchar y decir la verdad al mismo tiempo. Decía que estaba haciendo un trabajo para la facultad, para antropología, sobre la hinchada y el barrio de Huracán. La mención al barrio y a la hinchada impactaba positivamente en los interlocutores deseosos de dar su punto de vista y de que Huracán obtuviera renombre. En la presentación obviaba decir la palabra investigación, ya que la misma sonaba a policía y no quería que se me relacione con ellos. También era muy vago en la presentación del tema (la hinchada y el barrio), pero la verdad que en los principios de la investigación el tema era en sí vago, mutante y volátil. La estrategia de presentación no era perfecta ya que al mencionar la antropología ponían cara de sorpresa dado que la mayoría vincula a la antropología con los dinosaurios o cosas por el estilo; eso me obligaba a explicar qué era lo que hacemos los antropólogos. Explicación que siempre resultaba confusa y poco entendible. Explicación que a la larga fue poco efectiva ya que para los miembros de la hinchada soy, para su mayoría, o periodista o sociólogo. Obviamente, que la presentación funcionaba un poco mejor cuando hablaba con periodistas o dirigentes, concedores, algunos, del mundo académico.

**- Dices en el libro que entender la violencia desde la óptica de los violentos permite pensar los conflictos de la definición de la violencia. ¿Estamos hablando de una violencia y de lógicas organizadas? En el caso de lógicas organizadas un trabajo como el tuyo, más otros que se han hecho en otros países, así como el estudio periodístico de la hinchada de Boca, la 12, de**

**Gustavo Gravia muestran que los hechos de violencia implican la participación de varios actores sociales, no sólo y únicamente los miembros de la hinchadas. ¿Qué reflexiones puedes hacer al respecto y a posteriori de tu trabajo de campo?**

- Cuando hablamos de violencia en el fútbol lo que tenemos que hacer es no reducir el fenómeno sólo a las prácticas de las "barras bravas". En el contexto del fútbol son muchos los actores que tienen prácticas violentas: policías, dirigentes, jugadores, periodistas, espectadores no miembros de la hinchada, etc. Reducir la mirada sólo sobre las barras es mirar una parte del fenómeno y no todo. Señalar como violentos a los mismos de siempre y olvidarse –no reconociendo - las acciones del resto de los actores. Sin embargo, las lógicas de la violencia son distintas según los actores. Lo que planteamos es que la lógica de la violencia en el caso de las "barras" se ajusta a la disputa del "aguante", disputa que puede ser sólo dirimida en el plano de la violencia física. Las hinchadas a diferencia del resto de los actores que tienen prácticas violentas es el único de ellos que da un carácter positiva a sus prácticas. En esa "positividad" marcan una diferencia que los distingue, las hinchadas son las que "aguantan". El "aguante" es para los miembros de las "barras" una señal de prestigio y honor vinculada a lucha física, al enfrentamiento violento; tiene "aguante" aquel que se enfrenta corporalmente contra un rival, aquel que pelea, aquel que no teme a la lucha. Y como el "aguante" es un bien simbólico valorado entre los "barras" estos buscan ganarlo y la única forma de hacerse de este capital es peleando.

**- De acuerdo. Ahora la pregunta que me surge ahora es muy ingenua. Muchas personas desearían erradicar la violencia en los estadios. ¿Es esto posible desde tu mirada? Entendemos que es muy difícil. Algunos líderes, como el ex capo de la hinchada de Boca, Rafael Di Zeo dicen que la violencia: "se hereda, se hereda". Otros plantean que Inglaterra pudo hacerlo con una política drástica, lo cual implicó remodelación de estadios, abonos anuales (algo muy difícil de conseguir en Argentina por múltiples razones), espectadores sentados y sanciones severas ante la menor infracción a la ley del deporte (como tirar una moneda al campo de**

**juego). Dos lógicas que se contraponen pero que han sido discutidas en Argentina. ¿Qué opinas al respecto?**

- Erradicar la violencia me parece imposible, ya que siempre existirán episodios. En Inglaterra aún existen esporádicamente hechos de violencia, aunque han logrado, ostensiblemente, controlar un problema que estaba desbocado. En la Argentina se debería trabajar para aplacar el fenómeno violento, aunque nada se hace al respecto. Deberíamos proyectar políticas a largo plazo que tiendan a deconstruir la legitimidad que tiene la violencia en el fútbol argentino. Para ello es necesario trabajar con todos los actores del mundo futbolístico para poner en un segundo plano la dimensión violenta del aguante y resaltar la parte festiva del fútbol. La solución a los problemas argentinos -de violencia en el fútbol y de otros tantos asuntos- no puede buscarse exportando medidas efectivas en otros lugares. Las medidas tomadas por los ingleses, por ejemplo, son políticas posibles en el escenario socio-económico de ese país, trasladarlas pensando que van a tener algún resultado es ingenuo, ya que sería pensar que ambos fenómenos son iguales. Se puede trabajar para controlar el fenómeno violento pero conociendo sus razones y entonces ideando políticas creativas para solucionarlas. Políticas que superen la judicialización y la represión, únicas variantes, ideadas por estos lugares.

**- Sin embargo, algunas medias o políticas inspiradas de lo que otros países han hecho siempre puede ser útil, al menos para generar ideas. Creo yo. Respecto al caso argentino en particular cuando hablas de políticas creativas que superen la judicialización y la represión como únicas variantes, con lo cual concuerdo plenamente, ¿qué elementos pueden vincularse para el cambio de cultura hacia la parte festiva? ¿Cómo trabajar por ejemplo con la composición actual de las hinchadas? ¿Cómo trabajar con los otros actores? Tres preguntas complejas pero que se imponen naturalmente.**

- Es más que cierto que medidas de otros países pueden inspirar ideas para solucionar el problema en nuestro país; decía que era un error intentar trasladar las soluciones pero sería otro error, de la misma magnitud, no tener en cuenta las políticas que han sido efectivas en otros países. De hecho, el conjunto de políticas que tomó Colombia para intentar contener el fenómeno violento son muy interesantes, sumamente productivas y deberían ser tenidas en cuenta a la hora de pensar políticas en nuestro país. Cambiar la dimensión violenta del “aguante” para transformarla en festiva requiere un cambio cultural que rompa la legitimidad de la violencia, para eso es necesario que todos los actores del mundo futbolístico (“barras”, socios, jugadores, periodistas, policías, todos) nos demos cuenta que somos - en distintas dimensiones- parte del problema. Así podemos empezar a cambiar los elementos que contribuyen a la legitimidad de la violencia. Por ejemplo, como espectador muchas veces con cánticos, aplausos y otras señales aprobamos el accionar violento (de la policía o de las “barras”) construyendo un espacio de legitimidad de la violencia confundida con el folklore del fútbol. Es necesario romper esas construcciones que abundan en todos los actores, es necesario tener policías especializadas, periodistas que no inciten al enfrentamiento, jugadores que no hagan del deporte una batalla, etc. Respecto a las hinchadas las mismas podrían ser incluidas institucionalmente, conformando agrupaciones de hinchas, que tengan beneficios por esa participación y que pierdan esos beneficios ante hechos violentos. La inclusión permitiría blanquear el apoyo institucional que los grupos tienen y ordenaría las jerarquías grupales en disputas que no pasen por la violencia. Los clubes, la Asociación del Fútbol Argentina (AFA), la policía y los medios de comunicación deberían orientar a los grupos de hinchas hacia una participación grupal (igualmente meritocrática) que no esté orientada hacia el “aguante” violento. Significa que las hinchadas sean lentamente construidas como grupos de pertenencia en la fidelidad y el fervor por sus colores pero no en la práctica de enfrentamiento físico.

- **¿En qué consisten las medidas de contención de Colombia? En México se está buscando credencializar a las porras (hinchadas mexicanas) para llevar un control y poder inducir**

**tanto beneficios como sanciones. Sobre la toma de conciencia que mencionas para Argentina. ¿Cómo se puede empezar a trabajar de forma coordinada? Imagino que es tarea de una concertación donde se involucren distintos niveles del estado, la AFA y los medios de comunicación. Algo que parece impensable en la práctica. Si además hay que sumar a los mismos actores de las tribunas, "barras", hinchadas y socios ordinarios. Quizás ese sería un escenario ideal sobre el cual hay que fijar una mira aunque luego en la realidad no se puedan llegar todos los acuerdos deseados.**

- En Colombia, hay en efecto un incipiente proceso de credencialización pero sobre todo hay un proceso de diálogo entre las "barras", la policía y la alcaldía que tiene como objeto prevenir la violencia. Desde la policía y la alcaldía acompañan a los grupos en sus traslados a los estadios, organizan el ingreso y egreso en un fluido diálogo con los líderes. Fomentan la participación de los jóvenes barristas en la ayuda a sus clubes, pintan y cuidan las instalaciones de sus instituciones. Y, además, los suman a proyectos productivos, en los que los "barras", trabajan haciendo, por ejemplo serigrafía, con los colores de sus clubes. Con sus defectos estos proyectos tienen una concepción inclusiva de los actores que permite trabajar en la prevención, ya que estos privilegios funcionan para las "barras" no violentas. Respecto al trabajo coordinado entre todos los actores del fútbol para la prevención de la violencia es un modelo ideal que cuando se ponga en práctica, si alguna vez se hace, seguramente fallará. Es un modelo ideal, basado en la lógica de la inclusión de todos los actores para la solución del problema. Obviamente que unir actores que tienen lógicas muy distintas, como los medios de comunicación y el Estado, es problemático. Pero es un buen punto de partida. El estatuto del torcedor en Brasil puede ser un modelo interesante a tener en cuenta. Una normativa que deje en claro los derechos y las obligaciones de los espectadores, con sanciones claras para los que violan las normas.

**- Hay cosas interesantes que provienen desde Colombia y Brasil en efecto. En un contexto como el argentino, donde el fenómeno lleva muchos años y mucho arraigo, ¿quién puede dar ese primer paso pensando en una inclusión genuina? ¿Cómo lograr que alguien dé ese primer paso? Creo que lo sucedido con Hinchadas Argentinas para el mundial de FIFA de Sudáfrica 2010 fue más bien una sátira, aunque detrás de los vicios quizás se puedan rescatar algunas ideas conceptuales. No lo sé.**

- El primer paso lo tiene que dar el Estado, con políticas creativas que superen la represión y judicialización de la violencia. Se debe incluir en las políticas de Estado a la AFA y a los clubes; es necesario incluir a todos los actores pero debe ser el Estado el que dice cómo. Los organismos de control deben tomar la iniciativa y pensar formas de inclusión que logren que las “barras” dejen la violencia como señal de distinción. El problema es que este tipo de acciones son rechazadas radicalmente desde los medios de comunicación y el sentido común. La experiencia de Hinchadas Unidas muestra que los grupos pueden controlar la violencia si lo desean. Se debe tomar esos vínculos para armar una relación que supere la negociación coyuntural, que incite a modificar la lógica del “aguante” violento. Hace algún tiempo escribimos una serie de propuestas con algunos colegas (Alabarces, Moreira y Sodo), pensábamos que nuestras investigaciones podían ser un insumo para las políticas públicas que busquen prevenir la violencia en el fútbol. En líneas generales planteábamos la necesidad de dar cuenta que el fenómeno de la violencia en el fútbol sólo podía ser modificado cuando todos los actores del ámbito reconozcan su rol en el problema; es necesario darnos cuenta que todos somos responsables –en distintas dimensiones pero responsables al fin- de la construcción del fútbol como un espacio que legitima la violencia. Por ello planteábamos la necesidad de un diálogo que incluya al conjunto de los actores en la resolución del problema, un proceso de diálogo que tenga como objetivo modificar el carácter positivo de la violencia.

**- Hay ya algunos estudios en efecto sobre los grupos más radicales en los estadios. Los hay en Inglaterra y hay algunos dispersos en varios países. En Argentina tu estudio constituye una de las primeras etnografías en ese sentido, un trabajo que quedará como referencia para futuros estudios. En ese sentido me gustaría hacerte unas preguntas relacionadas. ¿Por donde crees que deben venir los próximos estudios? ¿Qué nos urge estudiar en este fenómeno? ¿Qué consejo le darías a un estudiante que desee aventurarse en este campo (o sub-campo)?**

- No podemos olvidar los trabajos de Moreira sobre el club Independiente de Avellaneda y su relación con la hinchada y los de Gil sobre el club de la ciudad de Mar del Plata, Aldosivi, que si bien no trabajaron lo mismo tienen muchos puntos en común y son excelentes. Respecto a la primera pregunta: me parece interesante profundizar las relaciones entre clase y violencia; hemos repetido hasta el cansancio que no existe una relación directa entre violencia y sectores populares ya que la composición de las "barras" es sumamente heterogénea pero resulta significativo que estos grupos heterogéneos tomen representaciones de los sectores populares para lograr la identificación con el "aguante". Además, me parece necesario pensar la relación entre violencia y estilo juvenil; y, también, los vínculos entre la violencia y el placer corporal. Los consejos que puedo dar tienen que ver con la necesidad de eliminar los prejuicios; sabemos que es imposible totalmente pero es necesario intentar entender estos fenómenos -como todos los fenómenos sociales- sin preconceptos. Cuando trabajamos temas de violencia es mucho más difícil porque toca nuestra moral de forma más directa pero deberíamos poner nuestras ideas sobre la violencia en un costado para poder llegar a buen puerto. Me parece también que un buen consejo es manejar la presentación con nuestros futuros informantes de tal forma de no ser catalogados negativamente. La presentación inicial que uno hace es importantísima para el futuro de nuestras relaciones de campo, es necesario que para que estas no queden truncas, buscar las estrategias argumentativas para no ser definido como policía o periodista de categorías negativas en el mundo de las "barras". Es entonces necesario vincularse en la presentación con la universidad, con lo académico.